

DESCENTRALIZACIÓN Y DESARRAIGO: EL ACTUAL DESARROLLO URBANO DE
VILAFRANCA

JUAN JOSÉ SÁNCHEZ GONZÁLEZ
Historiador del Arte
Presidente de A-MUVI



INTRODUCCION: EL URBANISMO COMO EXPRESIÓN SOCIAL

Toda manifestación cultural es, ante todo, una expresión social. Algunas, como las encuadradas tradicionalmente entre las Bellas Artes o la Literatura, están más mediatizadas que otras por las cualidades individuales de sus ejecutores, hecho sobre el que el romanticismo estético fundó una mística del genio entendido como una individualidad situada por encima de sus circunstancias concretas. Sin embargo, a poco que se analicen las condiciones en que cualquier manifestación cultural se desarrolla, adquiere un valor y lo

conserva, vemos que debe su existencia a los mismos factores que operan en el contexto ambiental que la engloba. Miguel Ángel, prototipo del genio, no hubiera sido nada en el vacío, pero tampoco en circunstancias diferentes a las que le rodearon. Su indudable talento necesitaba de unas condiciones ambientales específicas para desarrollarse: un marco político-social y una organización económica capaz de producir los excedentes necesarios para financiar su obra, un horizonte ideológico en base al cual dotarla de un significado y valor, unos medios de producción cuyo estado de desarrollo permitían transformar la materia bruta en obras de arte...etc. De hecho, muchos son los “genios” que perecen en el más absoluto anonimato por no tener la suerte de que en su vida concurren las circunstancias idóneas.

Otras manifestaciones culturales, en cambio, evidencian con mayor inmediatez sus orígenes sociales. Entre ellas cabe destacar al urbanismo. En efecto, tanto por su contenido inmediato, dar forma al hábitat humano, como por los medios empleados, la vivienda, los edificios de uso público, la infraestructura viaria...etc. como por los recursos que moviliza, especialmente la fuerza de trabajo humana colectiva, el urbanismo demuestra ser una manifestación cultural más íntima y directamente vinculada con la sociedad. Ello ha hecho del urbanismo un medio de comunicación idóneo para la transmisión de discursos de poder. Así, el trazado hipodámico de las ciudades fundadas por Roma en las provincias del Imperio o por España en las colonias americanas, son la expresión de poderes decididos a imponer sus excluyentes estructuras socio-económicas y su horizonte cultural sobre las sociedades preexistentes en el territorio conquistado; el Versalles de Luís XIV, donde las calles concurren frente al palacio del Rey-Sol, es la expresión perfecta del poder absoluto del rey, emulado en el siglo XVIII con mayor o menor fortuna por los reyes y reyezuelos europeos que aspiraban al mismo grado de poder; el urbanismo de imponentes rascacielos pertenecientes a bancos o grupos empresariales, de grandes centros comerciales y monumentales establecimientos de ocio, constituye la expresión más elocuente del autoritario dominio que ejercen las oligarquías financieras en el marco de sociedades formalmente democráticas...etc.

A su vez, y como si del reverso de la moneda se tratase, la decadencia de estos poderes queda perfectamente reflejada en el urbanismo que generaron. El yacimiento de Morería, en Mérida, ofrece un magnífico ejemplo de la transformación que sufrió el urbanismo romano tras el hundimiento del estado imperial en la tardoantigüedad; los barrios de precarias chabolas que rodean a numerosas ciudades iberoamericanas, demuestran la incapacidad del poder estatal para hacer frente a las dinámicas sociales que sus elites dirigentes han

desencadenado; la decadente ciudad de Detroit, en Estados Unidos, advierte del marasmo que amenaza a las grandes urbes industriales sometidas al arbitrio del poder financiero...

En este artículo nos proponemos reflexionar acerca de los principales rasgos del urbanismo villafranqués contemporáneo. Como expresión social, veremos de qué modo el urbanismo de nuestra localidad refleja los cambios sociales operados en Villafranca desde mediados del siglo XX, cuando la incorporación de España al bloque capitalista de la Guerra Fría permitió su inclusión en las redes del mercado mundial, hecho que tuvo como consecuencia la reestructuración de su economía y de su sociedad.

EL URBANISMO DE VILAFRANCA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XX: CENTRALIZACIÓN Y ARRAIGO

El primer franquismo, el del aislamiento internacional, la autarquía y el subdesarrollo, preservó una estructura económica y social heredada, a grandes rasgos, del Antiguo Régimen. El golpe de Estado del 36 fue la reacción de la oligarquía contra unas políticas que amenazaban las tradicionales bases de su poder. La España del 39, por tanto, no era otra cosa que una caricatura siniestra de la España anterior a la guerra, en la que se acentuaron desmesuradamente sus rasgos esenciales: el dominio de la tierra, principal fuente de riqueza y poder, concentrado en pocas manos; un acusado subdesarrollo industrial; una sociedad extremadamente polarizada; un aparato ideológico sumido en un fanatismo oscurantista e intransigente que, a través de una mistificación de ideas religiosas y nacionalistas, pretendía superar los antagonismos de clase que habían provocado la guerra.

En consecuencia, la Villafranca de posguerra no se diferenciaba gran cosa de la Villafranca de principios del siglo XX. Esta situación justifica el mantenimiento hasta mediados de siglo de las dos características fundamentales del urbanismo tradicional: su organización centralizada y su arraigo en las tradiciones locales.

CENTRALIZACIÓN:

Las diferencias existentes entre la oligarquía y la masa jornalera, se proyectaban sobre el urbanismo en la diversa cualidad de los espacios urbanos en que cada una de ellas habitaba. La configuración de esta organización de la estructura urbana ha sido ya tratada extensamente por nosotros en diversos

trabajos a los que remitimos al lector interesado¹. Aquí nos limitaremos a señalar sus rasgos más destacados.

La estructura urbana se organizaba en función de un rígido esquema de tipo concéntrico que establecía una nítida diferencia entre un núcleo central y un área periférica. Este núcleo central estaba conformado por un triángulo irregular cuyos vértices eran la Plaza Vieja o de Fernando Ceballos, el entorno de la parroquia del Valle y la ermita de la Coronada. En una sociedad en que la visibilidad del poder demostraba su existencia, la apropiación simbólica de los espacios con mayor potencial “visualizador” por parte de las instituciones y personas que, oficial u oficiosamente lo poseían, constituía uno de los procesos más determinantes en la configuración de las tramas urbanas antiguas. El espacio circunscrito en este triángulo poseía ese potencial debido a su historia. Resumiremos brevemente cómo se configuró el mismo.

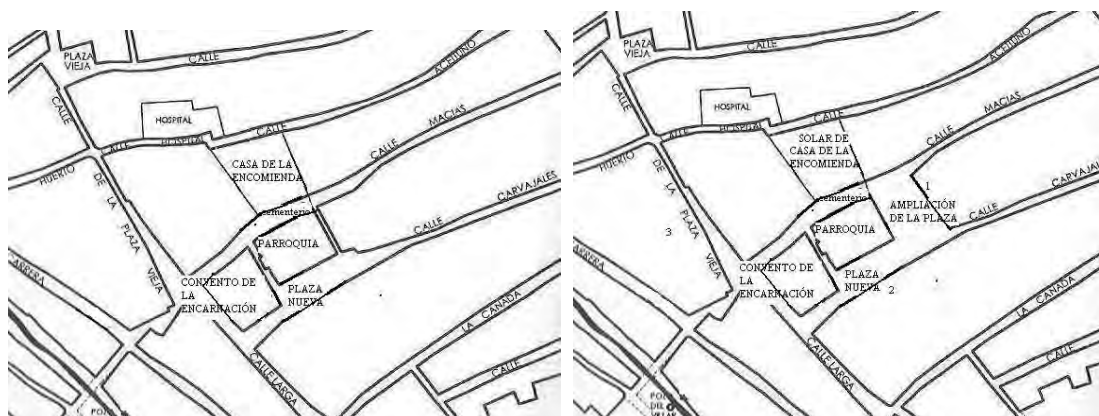


Desarrollo urbano de Villafranca de los Barros hasta 1975, elaborado por M^a Nieves Fernández García, en SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José (Coord.): *Historia urbanística y social de Villafranca de los Barros* (ss. XIV-XXI).

¹ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José (Coord.): *Historia social y urbanística de Villafranca de los Barros* (ss. XIV-XXI). Villafranca de los Barros, 2012; SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José: “De plaza barroca a paseo burgués: la Plaza Principal de Villafranca de los Barros (ss. XVIII-XIX)”, *Revista de Estudios Extremeños*, 2014, tomo LXX, número I, pp. 489-516; SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José: “Espacio urbano y poder: evolución del entorno de la parroquia del Valle de Villafranca de los Barros en la Edad Moderna”. *Extremadura. Revista de Historia*. 2014, Tomo I, Número 1, pp. 200-226.

La Plaza Vieja fue el núcleo primitivo de la aldea Moncovil, fundada probablemente en la primera mitad del siglo XIV, y constituyó el centro de la vida pública local hasta bien avanzado el siglo XVI. El camino que unía la Plaza con la ermita de la Coronada (cuyos orígenes son inciertos), las actuales calles Alzada y Coronada, debió adquirir muy pronto un estatus particular por servir de acceso al templo.

El entorno del Valle había desplazado a la Plaza Vieja, actual Plaza de Fernando Ceballos, como centro de la población en torno a 1600. En un artículo² analizamos cómo este espacio, configurado inicialmente por la parroquia y la casa de la encomienda, evolucionó a lo largo de la Edad Moderna al tiempo que lo hacía la realidad del poder en la villa. En él demostramos cómo a medida que unas pocas familias hidalgas se constituían como el grupo dirigente de la oligarquía local, la presencia institucional en este espacio, con excepción de la parroquia, se diluía. En efecto, a medida que el poder del comendador se convertía en una referencia de poder nominal carente de atribuciones reales y el concejo se convertía en instrumento de poder en manos de este grupo dirigente dentro de la oligarquía, y en especial de la familia Baca, ambas instituciones quedaron marginadas de este espacio. La casa de la encomienda se arruinó, quedando su espacio reducido a un solar dedicado a huerta, ya a comienzos del siglo XVIII. En cuanto a la casa consistorial, tras varios intentos por emplazarla en el entorno del Valle, desde mediados del XVIII y hasta mediados del siglo XX, se estableció en la calle de Hernán Cortés. El lugar de las instituciones fue ocupado por las residencias del grupo dirigente, de las que se conserva su mejor exponente, la sede actual del ayuntamiento.



Evolución del entorno de la parroquia del Valle entre los siglos XVII y XVIII. Leyenda: 1. Casa de D. Gonzalo Baca-Lira y D^a. Elvira Baca Ulloa (actual Ayuntamiento). 2. Casa de D. Diego Baca Ulloa (actual Museo). 3. Casa Consistorial desde mediados del siglo XVIII hasta 1943. del autor en SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José: “Espacio urbano y poder: evolución del entorno de la parroquia del Valle de Villafranca de los Barros en la Edad Moderna”. *Extremadura. Revista de Historia*. 2014, Tomo I, Número 1, pp. 220-222.

² SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José: “Espacio urbano y poder...”.

La ermita de la Coronada siempre había actuado como un foco de atracción urbanística, especialmente para los miembros del grupo dominante. Las calles Macías (Santa Joaquina) y Carvajales, que se estaban urbanizando a finales del siglo XVI, así lo demuestran. Cuando, tras superar la crisis del siglo XVII, se reinició en el siglo XVIII el desarrollo urbano de la población, esta tendencia fue continuada, como lo demuestran la Plaza del Altozano y la calle Calvario.

En torno a este núcleo, se fue configurando un área periférica en que se fueron asentando los demás estratos sociales. El cauce del arroyo Tripero en dirección sur, donde se ubicaban las principales fuentes de la población, actuó como el eje principal de este desarrollo urbano hasta bien avanzado el siglo XIX. Los primeros ensanches promovidos por el ayuntamiento, entendido como proceso planificado de crecimiento urbano, se concentraron en esta zona hasta que, en tiempos del Sexenio Democrático (1868-1874), tras la desamortización de buena parte del ejido, el consistorio orientó el crecimiento urbano hacia el norte. A finales del siglo XIX el ayuntamiento perdió la libre disposición sobre el uso de la parte del antiguo ejido que conservaba, cortando el crecimiento urbano por el norte y quedando el desarrollo de los ensanches en manos privadas. Este fue el procedimiento seguido en la definitiva configuración de los actuales barrios del Pilar y de las Peñitas.

Entre ambos espacios urbanos existían notables diferencias en muy diversos aspectos. El empedrado, la iluminación nocturna y un incipiente sistema de alcantarillado eran propios del área central, en tanto que las calles periféricas eran fangosas, oscuras y sucias. Las casas del centro, que competían entre sí por sus grandes proporciones, mostraban un cuidado estético que se renovaba en función de las modas, algo desconocido para las humildes viviendas jornaleras de la periferia. Los espacios abiertos del área central, en particular la actual Plaza de España, la del Altozano y el cabezo de la Coronada, se convirtieron en amenos paseos burgueses, escenarios idóneos para la liturgia social del ocio. En cambio, las áreas periféricas carecían de espacios abiertos, predominando un sentido utilitario del espacio público, concebido como simple lugar de paso. A este respecto, es significativo que el único de estos espacios, la plazuela formada junto al sanatorio del doctor Carrillo Arenas en la actual Plaza del Pilar, hubiera estado apunto de desaparecer en 1930 tras el cierre del establecimiento.

Esta estructura urbana, constituye una fiel representación de las diferencias generadas por la estructura social. Además, traduce a formas urbanas las relaciones existentes entre ambas clases. En efecto, este modelo de urbanismo se caracteriza por una acusada centralización que sitúa al área periférica en una situación de subordinación con respecto al núcleo central, del mismo modo que la clase jornalera, carente de instrumentos de poder, lo está con respecto al grupo oligárquico, que monopoliza tanto las fuentes del poder como los instrumentos para su ejercicio. Podemos hablar, por

tanto, de una estructura orgánica de la trama urbana, en la que cada elemento es interdependiente del conjunto.

Pero al hablar de poder, no solo hacemos referencia a sus facetas política, social y económica. El poder se ejerce también a través de imágenes y símbolos que contribuyen a legitimar el predominio de una clase social sobre otra. Para ello, es preciso que dominadores y dominados compartan una misma concepción de la realidad. A este respecto, podemos hablar de la existencia de un metarrelato o concepción de conjunto de la realidad que explica el modo en que esta se configura. Sus fundamentos descansan en la concepción que del mundo tenía el Antiguo Régimen, entendido como una realidad estática e inamovible cuya razón de ser procedía de la voluntad divina. En este mundo estático, cada grupo social ocupa el lugar que le corresponde según el plan divino. En nuestro libro sobre la *Historia urbanística y social de Villafranca* analizamos cómo se escenificaba este orden social en la iglesia parroquial con ocasión de la misa. La ampliación de la actual Plaza de España a finales del siglo XVIII pretendía la creación de un espacio de representación para este tipo de escenificaciones con ocasión de cualquier acto público³.

En España, el paso del Antiguo Régimen al Estado Liberal decimonónico, no fue resultado de una ruptura violenta, como en Francia, ni de la progresiva transformación de la economía, fruto de la Revolución Industrial, como en Inglaterra. De hecho, España preservó tanto la estructura social como la organización económica heredada del Antiguo Régimen. La oligarquía supo revestirse con los atributos con que el Nuevo Régimen identificaba al poder. La integración de las antiguas familias oligárquicas en los partidos políticos liberales, es la muestra más evidente de ello. También en el aspecto externo supieron readaptarse a la nueva realidad, asimilando las pautas de comportamiento de la clase social de referencia en el Nuevo Régimen, la burguesía.

Sin embargo, consecuencia de la continuidad de la organización social es la preservación de una concepción estática del mundo, en la que las clases sociales se hallan separadas entre sí por una brecha insalvable. La influencia ideológica de la Iglesia contrarrestó el efecto disolvente que los principios teóricos del Liberalismo, fundados en los derechos del individuo, hubieran podido causar a esta concepción del mundo de haber sido asimilados por el conjunto de la población.

Esta continuidad del orden social se refleja en la continuidad, hasta mediados del siglo XX, de la estructura urbana centralizada heredada del Antiguo Régimen. Los cambios externos operados en el cambio del Antiguo Régimen al Estado Liberal decimonónico se manifiestan en el cambio de escenografía. El modelo burgués de referencia obliga a readaptar los principales espacios de socialización ubicados en el núcleo central a la nueva estética, surgiendo los paseos burgueses de la

³ Ver al respecto: SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José: “De plaza barroca a paseo burgués: la Plaza Principal...”

Plaza de España, el Altozano y el cabezo de la Coronada y remodelándose las antiguas casas solariegas de acuerdo a las pautas estilísticas desarrolladas por la burguesía de los grandes centros urbanos. Los actos públicos siguen siendo, en esencia, escenificaciones de la organización social de la población. Valga como ejemplo la rigurosa ritualización del espacio del paseo de la Plaza, en el que cada clase social tenía asignada una determinada área.

En cambio, salvo la mayor regularidad del trazado impuesto por el diseño previo de los ensanches, el área periférica apenas presenta cambios en el paso del Antiguo al Nuevo Régimen.

ARRAIGO:

Otro aspecto a destacar de este urbanismo es su profundo arraigo en un doble sentido, tanto en lo que afecta a técnicas y materiales constructivos como a tipologías de edificios y morfología urbana.

El arraigo en cuanto a materiales y técnicas constructivas, fue consecuencia de unos determinados medios de trabajo y una organización del mismo que, perpetuados a lo largo del tiempo sin apenas conocer cambios, favoreció la continuación de un conjunto de técnicas y una estética, cuyos orígenes cabe remontar a la Edad Media, que hoy calificamos como arquitectura vernácula o tradicional⁴. Incluso las reformadas casas oligárquicas de los siglos XIX y XX adaptaron las modas estéticas importadas de los grandes centros urbanos a las posibilidades materiales y técnicas de las cuadrillas de albañiles locales. Así, nos encontramos con casas cuyas fachadas y decoración interior muestran el repertorio decorativo característico de los estilos clasicista y modernista pero cuyos elementos estructurales están elaborados conforme a los materiales empleados por la albañilería tradicional.

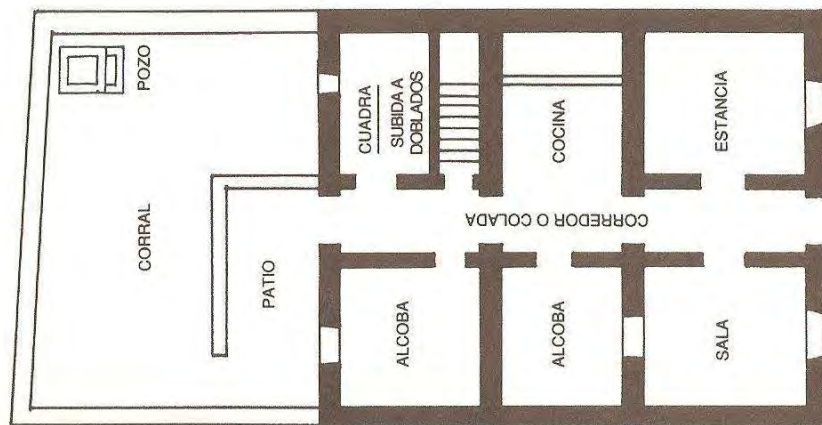
El arraigo en cuanto a morfología urbana y tipologías constructivas es, a su vez, consecuencia de una forma de vida que apenas conoció alteraciones durante siglos. El hábitat concentrado característico del urbanismo rural del centro y sur peninsular, heredado del proceso repoblador que sucedió a la conquista de los territorios de Al-Ándalus, en la Edad Media, es consecuencia del predominio de la gran propiedad, tanto señorial como colectiva, lo que favorecía la concentración de la población en puntos determinados del territorio.

La morfología urbana de manzanas tendentes al rectángulo, es consecuencia del tipo de parcela predominante, consistente en un rectángulo cuyo eje longitudinal se orienta en perpendicular al eje de la calle. Las calles del urbanismo tradicional, largas, estrechas y con numerosos quiebros, trataban

⁴ Como no abordaremos por extenso este tema, el lector interesado puede encontrar un detallado estudio sobre la arquitectura y el urbanismo tradicional de la Baja Extremadura, tanto en lo que respecta a técnicas constructivas como a tipologías de vivienda y morfología urbana, en el siguiente libro: GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Alberto: *Extremadura popular: casas y pueblos*. Diputación de Badajoz, 2005.

de mitigar los problemas generados por los largos y calurosos veranos, creando espacios de sombra que sirvieran de refugio contra el sol. El urbanismo decimonónico de los ensanches, eliminó esta característica a favor de los trazados rectos, considerados más propios de la modernidad por fundarse en la razón, aun cuando con ello las calles perdieran en utilidad práctica.

La parcela rectangular, de tamaño variable según el estatus social del poseedor, dio lugar al tipo de casa tradicional en la zona de llanura de la Baja Extremadura, con una zona delantera de tipo residencial y una zona trasera de carácter auxiliar con un patio en el que se sitúan dependencias para diversos fines. La zona residencial se estructura en torno a un corredor, que puede ocupar el eje central de la misma o situarse en un lateral, el cual comunica directamente la calle con el patio. Este corredor facilitaba la entrada y salida de los animales de labor, para los que se habilitaban cuadras en el patio, al tiempo que generaba corrientes de aire que ventilaban la casa y la refrescaban en verano, habida cuenta de que las ventanas eran poco habituales en las modestas casas jornaleras.



Ejemplo de casa tradicional del llano bajoextremeño, en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Alberto: *Extremadura popular: casas y pueblos*. Diputación de Badajoz, 2005, pp. 121-122.

La tipología de casa organizada alrededor de un patio central no es autóctona, sino fruto de un modelo de casa importado de Sevilla por los oligarcas locales en torno a 1900, lo que constituye una excepción para este modelo de urbanismo caracterizado por su arraigo en las tradiciones locales.

**EL URBANISMO DE LA VILAFRANCA ACTUAL:
DESCENTRALIZACIÓN Y DESARRAIGO.****CAMBIOS SOCIALES**

Cuando, al final de la II Guerra Mundial, se iba perfilando el futuro mapa de Europa y se preveía un futuro conflicto entre capitalismo y comunismo, las potencias occidentales optaron por conservar el régimen fascista de Franco antes que arriesgarse a suscitar un levantamiento comunista en la Península Ibérica semejante al que se produjo en Grecia tras la liberación del país del dominio nazi. Este respeto al régimen franquista, consistente en aislarlo sin fomentar su desestabilización interna, se convirtió a partir de los años 50 en abierta colaboración dadas las posibilidades geoestratégicas que ofrecía España en un previsible conflicto con la Unión Soviética. Este uso militar del territorio español fue comprado por las democracias occidentales a base de inversiones de capital extranjero, ayuda financiera, participación del régimen en los organismos internacionales y apertura al mercado internacional. Fue así como España pudo sumarse al largo ciclo de crecimiento económico que experimentaron los países occidentales entre los años cincuenta y la crisis de los setenta.

El “desarrollismo” característico del segundo franquismo, no solo supuso una etapa de crecimiento y desarrollo económico sino que, a su vez, provocó una profunda transformación social. Los cambios operados en el tejido productivo, en el que la industria y el sector servicios comenzaron a ganar peso frente al sector primario, sumado a la localización de los sectores económicos emergentes en áreas muy concretas del área peninsular, generó un intenso movimiento migratorio desde las regiones económicamente más atrasadas a los centros en desarrollo del País Vasco, Madrid y Cataluña. Esta migración supuso un trasvase fijo de población cuyas consecuencias demográficas perduran hasta el día de hoy, haciendo del emigrante una figura típica en muchas regiones españolas. A ello hay que sumar la emigración hacia Europa, de carácter temporal en la mayoría de los casos, y hacia América. En Villafranca, este movimiento migratorio interrumpió el largo ciclo de crecimiento demográfico iniciado a comienzos del siglo XVIII, que alcanzó en 1950 su punto máximo con 16.671 habitantes, dando paso a un largo ciclo de estancamiento poblacional que situó el número de habitantes en torno a los cerca de 13.000 habitantes actuales, situación que la presente situación económica amenaza con empeorar.

Pero los cambios no solo afectaron a la tendencia demográfica. El desarrollo de la industria y el sector servicios, alteró profundamente la estructura social. La tradicional polarización de la sociedad española entre una minoría poseedora de tierras y una masa jornalera carente de posesiones, se fue

diluyendo ante una creciente clase media, compuesta por elementos heterogéneos, cuyos límites por arriba y por abajo son difíciles de precisar. En realidad, la clase media es un complejo compuesto de intereses e ideologías a menudo contradictorias. La crisis actual, como toda crisis, acentúa estas contradicciones hasta extremos que hacen evidentes las antítesis latentes en época de bonanza.

La clase media fue clave para el proceso pacífico de la Transición, que dotó al sistema creado a finales del franquismo de una forma democrática análoga a la de los países de nuestro entorno. La estabilidad que esta clase confiere al sistema permitió neutralizar las intensas tensiones de diverso signo ideológico que amenazaban el proceso y ha sido fundamental para su sostenimiento hasta el presente.

Pero para el tema que nos ocupa, son más importantes los cambios culturales y de mentalidad generados por la transformación económica. A diferencia de lo que tuvo lugar en anteriores épocas de crecimiento económico basadas en el desarrollo de la industria pesada y de bienes de equipo, el crecimiento económico de los países del bloque capitalista posterior a la segunda gran posguerra mundial se basó en la producción masiva de bienes de consumo. Este hecho dio lugar al surgimiento de la actual sociedad de consumo con sus valores característicos, impuestos por la clase más representativa de la nueva era (lo que no quiere decir que sea la ostentadora del poder), la clase media. De entre tales rasgos, destacaremos los más directamente relacionados con la revolución urbanística de las últimas décadas: la estandarización y homogeneización de la cultura material, la disolución del monopolio socializador de la comunidad y el desarraigo espiritual.

En el marco de la nueva economía, la industria se convierte en generadora de toda clase de bienes consumibles. La producción en masa, alentada por los continuos avances tecnológicos, destinada a satisfacer la amplia demanda generada por el incremento general del nivel de vida y dirigida, por la propia dinámica de la economía capitalista, a extender su oferta más allá de las fronteras nacionales, acentuó el rasgo más característico de la industria capitalista, la estandarización de la producción, regida por los principios de eficiencia, racionalización, rentabilidad y obsolescencia programada. En consecuencia, la cultura material de la nueva era posterior a la Segunda Guerra Mundial, aunque infinitamente diversificada por la proliferación artificial de nuevas necesidades, tiende a estandarizarse y, como consecuencia de su expansión a nivel planetario, tiende a subsumir las peculiaridades de la producción local, económicamente menos potente, bajo una homogeneidad general. Esta estandarización-homogeneización de la cultura material se ve reforzada por la difusión de modos de vida, pautas de comportamiento e ideologías dominadas igualmente por los principios de estandarización y homogeneidad, cuyo objetivo es la expansión del modelo occidental de civilización y, en particular, de su variante norteamericana. Este fenómeno es promovido por las grandes compañías productoras de bienes de consumo a través de medios de acondicionamiento

tanto implícitos (estatus social vinculado con determinadas marcas, ideas, creencias...etc.) como explícitos (la publicidad en cualquiera de sus formas, incluido el cine y las series de televisión), cuyo objetivo es la configuración de conductas estandarizadas que facilite la previsión de las respuestas que recibirán los bienes que se proyecten lanzar al mercado.

Por otro lado, la omnipresencia de los medios de comunicación, gracias a los prodigiosos avances de las telecomunicaciones, ha fracturado la antigua unidad ideológica de la comunidad. El tradicional dominio de la comunidad sobre el individuo se basaba en el monopolio de los medios de transmisión de la cultura. En una sociedad en la que el analfabetismo era predominante y el desarrollo tecnológico escaso, el único medio de transmisión de ideas era el discurso oral, la palabra transmitida de hombre a hombre en un contexto común y bajo la estricta vigilancia de las instituciones poseedoras de la verdad, la Iglesia, custodia de la Verdad Revelada, y el poder civil, custodio de las tradiciones y leyes que regían el único orden político-social legítimo. La lenta transición del Antiguo al Nuevo Régimen, que en España no fue la consecuencia de un cataclismo revolucionario, sino producto de una progresiva asimilación que, prácticamente, dejó en manos de la oligarquía tradicional las riendas del poder, permitió la preservación del horizonte ideológico heredado del Antiguo Régimen, especialmente en las áreas más ruralizadas y atrasadas como Extremadura. La irrupción de ideas emancipadoras adscritas al movimiento obrero se produjo en fecha tardía, a partir de 1900, transmitidas mediante el medio tradicional de la palabra, tanto por medio de discursos como de lecturas públicas de periódicos y libros. La intensa represión desplegada por las fuerzas fascistas con posterioridad al golpe de Estado de julio de 1936, reimpuso el monopolio ideológico de la comunidad sometida a la autoridad del aparato político del régimen franquista. Paradójicamente, sería la estrategia de supervivencia seguida por el régimen bajo la égida protectora del bloque capitalista la que acabó por diluir este monopolio ante la masiva irrupción de los medios de comunicación, algunos de los cuales, como la televisión, han pasado a convertirse en todo un icono de civilización.

Las telecomunicaciones son una ventana abierta a una realidad que trasciende la inmediatez del contexto espacio-temporal en que se ubica el individuo-receptor, últimamente también individuo-emisor. Transmiten variadas perspectivas del mundo, ideas y estéticas alternativas, nuevos referentes culturales...etc. rompiendo el monopolio ejercido tradicionalmente por la comunidad local como medio de aculturación y posibilitando la construcción de identidades diferenciadas a partir de un flujo denso y continuo de información. Si antes hablábamos de un metarrelato o discurso integral sobre la realidad, compartido por el conjunto de individuos que conformaban una comunidad humana, ahora es preciso señalar la existencia de una diversidad de microrrelatos o discursos parciales sobre la realidad que dan sentido a la multitud de perspectivas desde la que dicha realidad es interpretada. La comunidad local se diluye en la corriente continua de información que conecta el mundo en el marco

de ese fenómeno denominado globalización, donde las identidades personales se construyen en base a ideas dispersas y carentes de arraigo a lugar alguno.

En efecto, la tercera de las características señaladas, la que hemos denominado como el desarraigo espiritual del individuo, es consecuencia de la búsqueda de nuevos referentes identitarios tras la disolución de la comunidad local, nuevos referentes que carecen de arraigo en parte alguna y que son algo así como espíritus flotantes que vagan en esa nueva dimensión de la existencia que es el ciberespacio. Estos referentes suelen carecer de relación inmediata con el contexto concreto que rodea al individuo, con su historia y tradiciones, si bien suelen tener una base común debido a su adscripción al marco ideológico general de la cultura occidental. Incluso aquellos movimientos que se presentan a sí mismos como reacción frente a los efectos desintegradores de una cultura global, y que pretenden reforzar una serie de rasgos considerados como exclusivos de una cultura local determinada, acusan, paradójicamente, los efectos del proceso globalizador. Nada más contradictorio que la homogeneidad discursiva y simbólica de los denominados movimientos ultranacionalistas.

Este desarraigo espiritual del individuo, inmerso en una corriente densa y continua de ideas, creencias y valores carentes de raíces profundas, ha hecho de la identidad cultural algo volátil y sujeto a cambios continuos. La relatividad de toda verdad y la tolerancia para con lo diferente, aparecen así como los valores principales en el nuevo contexto cultural, lo que distingue a nuestra época postmoderna de las precedentes, dominadas por tendencias totalizadoras más o menos explícitas impuestas por los metarrelatos que construyen un modo de interpretar la existencia y cuyas adversas consecuencias son los "Auswitch" en los que se pretende liquidar todo cuanto contradiga ese parco puñado de verdades⁵. La incertidumbre, la ansiedad social, la angustia existencial que afecta a quienes carecen de referentes fijos y verdades absolutas, convierte en tentaciones el regreso de ideologías totalitarias y exclusivistas como los neofascismos o distopías sangrientas como el autodenominado califato islámico que, extendiéndose por los territorios que acogieron la cuna de la civilización, se obstina en arrasar el pasado y destruir la diversidad del presente con la única pretensión de construir una realidad en la que todo esté explicado en función de una sola y única verdad.

DESCENTRALIZACIÓN:

La nueva organización de la economía, basada en la pérdida de peso del sector primario, la diversificación de actividades, principalmente de los sectores secundario y terciario, y su interrelación

⁵ La América y la Europa liberales y democráticas, no están libres de culpa en este sentido. Aparte sus contradicciones internas, en sus relaciones con otras culturas, estas naciones, basándose en la supuesta superioridad de su cultura, cometieron crímenes atroces justificados con la misión civilizadora que pretendían tener.

con otras áreas geográficas, ha roto el carácter autónomo que poseía la economía tradicional basada en la agricultura. En efecto, la economía tradicional, en la que unos pocos poseían la tierra que la masa jornalera trabajaba, reforzaba los lazos de dependencia y jerarquía entre ambas clases. Como tuvimos ocasión de analizar más arriba, esta subordinación de la clase jornalera a la oligarquía se reflejaba en la estructura urbana centralizada. La ruptura de estas relaciones de dependencia y la tendencia hacia una mayor nivelación social generada por la nueva organización económica, ha dislocado la rígida estructura social heredada del pasado. Esta disolución de los lazos que mantenían unidas a unas clases con otras, correlativa a la disolución de la comunidad local como principal entidad socializadora de los individuos que la conforman, se ha reflejado en el urbanismo mediante un proceso de descentralización cuyo aspecto más visible es el cambio de valor de sus principales espacios públicos tradicionales y la aparición de otros nuevos en áreas de la antigua periferia.

Desde el momento en que la comunidad local pierde su función de referencia, los espacios públicos consagrados por la historia y tradiciones de la comunidad como escenarios en los que hacer manifiesta su cohesión y estructura interna, pierden parte de su carga simbólica. En realidad, dichos espacios pasan a convertirse en símbolos latentes de la comunidad, reactivados en circunstancias especiales en las que un factor externo a la comunidad refuerza sus lazos internos como, por ejemplo, las reacciones ante el terrorismo o la violencia de género. Asimismo, cuando determinados movimientos sociales o partidos políticos buscan legitimarse a través del apoyo social, instrumentalizan estos símbolos latentes de la comunidad en la configuración de su imagen pública.

La potencialidad simbólica del antiguo núcleo urbano se hacía manifiesta en una serie de actos públicos (procesiones religiosas, fiestas profanas, conciertos de la banda de música, corridas de toros, el "paseo"...etc.) en los que se escenificaba la configuración social de la comunidad y las relaciones existentes entre sus diversos estratos. En estas ocasiones, el espacio público actuaba como un espacio ritualizado en el que su configuración se convertía en representación de la organización social. Para el caso concreto de la actual Plaza de España, hemos analizado en otros trabajos como su definitiva configuración espacial en el siglo XVIII respondía a este fin y como, a pesar de los cambios políticos, sociales y culturales producidos, preservó dicha función hasta bien entrado el siglo XX.

Los cambios sociales producidos a partir de los años 60 provocarán la progresiva pérdida de importancia de dichos actos públicos en tanto que actos representativos del conjunto de la comunidad. Sería interesante, en caso de poseer datos suficientes, analizar de qué modo en tales actos se organizaba el espacio y cómo se distribuían en él los diferentes grupos sociales, de igual modo que hicimos a propósito de la misa dominical en la parroquia del Valle a comienzos del siglo XVII en nuestro libro *Historia social y urbanística de Villafranca...* Ello nos permitiría compararlo con el modo en que se organizan actos semejantes en la actualidad.

La desestructuración del acto público como medio de representación social se ha complementado con lo que podemos denominar como una redistribución del poder de convocatoria, en tanto que la iniciativa para su celebración no es ya monopolio exclusivo de determinadas instituciones como la Iglesia, el Ayuntamiento o grupos afines a tales instituciones, sino que se ha convertido en instrumento habitual para dar a conocer la diversidad de ideas, creencias, expresiones artísticas...etc. propias de una sociedad plural. Tales actos, desvinculados de las tradiciones de la comunidad, no requieren necesariamente de la legitimación que conferían los antiguos espacios de representación. Así, por ejemplo, el culto evangélico se desarrolla en espacios propios independientes de los escenarios locales consagrados tradicionalmente por la Iglesia católica, la práctica habitual de los conciertos de música en bares, plazas y parques, vinculados por lo general a iniciativas empresariales suelen utilizar espacios propios...etc.

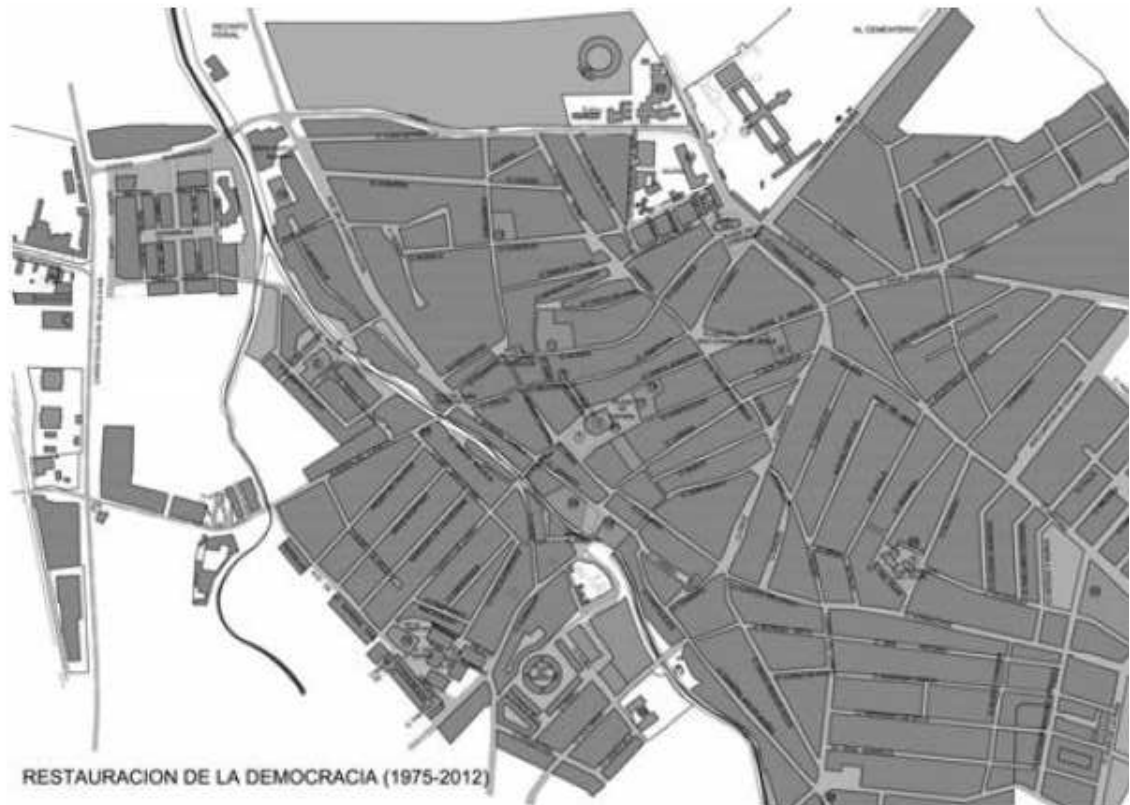
A ello hay que sumar la especialización de espacios para actividades determinadas que antes se desarrollaban en la plaza. El mercado de abastos restó esta tradicional función a la plaza, el cine-festival y demás salones de actos absorbieron buena parte de la oferta cultural que antes tenía la plaza como escenario...etc.

A esta pérdida de capacidad representativa del acto público debe sumarse otro factor vinculado a los cambios experimentados en la forma de vida de la nueva sociedad: la democratización del ocio. El conocido aserto de Aristóteles acerca de que el ocio, entendido como tiempo dedicado al cultivo de la propia personalidad, era un privilegio reservado a la elite social, siguió siendo válido hasta tiempos relativamente recientes. Una vez obtenido el poder político, económico y cultural, la burguesía asumió la dirección de los hábitos sociales en función de sus nuevos gustos y necesidades. La burguesía, cuya identidad social se había definido por oposición a la aristocracia, revalorizó en un principio el valor del trabajo frente al desprecio generalizado que le merecía a la antigua clase dirigente. El trabajo, vinculado a la productividad en el marco de la incipiente economía capitalista, pasó a ocupar una posición determinante en la nueva organización del tiempo, sometido a una regulación estricta, repetitiva y previsible, es decir, convertido en rutina. Los intervalos de tiempo libre, las tardes de paseo y sobre todo los domingos, adquirieron un valor propio. Era el tiempo en el que las clases sociales quedaban liberadas de la disciplina y la organización del trabajo, tiempo en el que la mezcla social, la ruptura de las barreras impuestas por el origen social y el trabajo, en un contexto en el que las leyes, bajo el principio teórico de la igualdad, no validaba las diferencias de hecho, era posible. Ello hacía necesaria una nueva regulación que permitiera delimitar la posición que cada individuo ocupaba en la sociedad. El ocio fue convertido, así, en representación pública del código conductual de la clase dirigente. Todo aquello que consideramos buenos modales, urbanidad...etc. no es más que un complejo código de conducta solo accesible a quienes han recibido una determinada educación y cuya

finalidad última era establecer una nítida diferencia con respecto a la rudeza y espontaneidad de la masa jornalera. Estas distinciones se extienden también a las manifestaciones culturales. El auge cultural que conoce Villafranca a finales del siglo XIX forma parte de esta reconfiguración del código conductual que distingue a la clase dirigente. La composición de la Tertulia Literaria, integrada exclusivamente por miembros de la oligarquía local, así lo demuestra. El carácter conservador de esta cultura, atendida a los estrictos convencionalismos de la cultura oficial, es consecuencia del monopolio ejercido sobre ella por los miembros de la clase dominante. Este código de comportamiento requería de escenarios propios en los que hacerse manifiesto. La remodelación a que fue sometida la actual Plaza de España y la urbanización del Altozano y el Cabezo de la Coronada a lo largo del XIX y comienzos del XX, buscaba la creación de estos escenarios en los espacios donde predominaban las casas de los miembros de oligarquía local.

La democratización del ocio, a partir de los años sesenta, consistió en la reivindicación más o menos explícita por parte de los grupos sociales emergentes de formas propias de ocio. Frente a la dualidad taberna-hogar en que se estructuraba a grandes rasgos el tiempo libre de la clase jornalera, que acudía al "paseo" como sujeto pasivo de lo que allí se representaba, la nueva sociedad reivindica no solo una mayor variedad de formas de ocio, sino también un papel activo en la configuración de su propio tiempo libre, al margen de las imposiciones marcadas por la comunidad local. El papel que la televisión desempeñó en este proceso está fuera de toda duda, multiplicado exponencialmente por la diversificación de las telecomunicaciones en tiempos más recientes. La nueva sociedad no requiere ya de escenarios preestablecidos en los que representar formas codificadas de ocio. Cualquier cafetería ubicada en cualquier lugar es buena para pasar la tarde, cualquier parque es adecuado para que jueguen los niños o para pasear al perro, cualquier camino es idóneo para correr o montar en bici...etc.

En consecuencia, el antiguo núcleo urbano perdió su tradicional carácter referencial, diluyéndose en una trama urbana desestructurada en la que emergen multitud de centros. El plano urbano actual conserva fosilizada la trama urbana antigua. En sus bordes, en las áreas urbanizadas en las últimas décadas, se observa la yuxtaposición de espacios que no solo no guardan una relación orgánica con el resto de la trama urbana, sino que parecen ensimismados en torno a sus propios centros. Buenos ejemplos de ello son las áreas urbanizadas en torno a la Plaza de Europa y la Plaza de América, configuradas en torno a un espacio central que actúa como núcleo de las mismas.



Desarrollo urbano de Villafranca de los Barros hasta 2012, elaborado por M^a Nieves Fernández García, en SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juan José (Coord.): *Historia urbanística y social de Villafranca de los Barros (ss. XIV-XXI)*.

Pero este efecto desestructurador de la trama urbana no es apreciable solo en las nuevas urbanizaciones. También se percibe en la rehabilitación a que han sido sometidos antiguos espacios urbanos periféricos. La planificación urbanística de las últimas décadas debía tener en cuenta la emergencia de esta nueva sociedad con sus nuevas exigencias. En este sentido, la rehabilitación de las áreas comprendidas por los ensanches de los siglos XIX y XX, da respuesta al cambio de perfil social de los habitantes de las mismas. Nos referimos a tres grandes áreas urbanas, el barrio del Pilar, el barrio de las Peñitas y la zona norte del casco urbano próxima al recinto ferial y el parque municipal. En su origen, la ampliación del pueblo por estas zonas trató de dar solución a los problemas de hacinamiento que padecía la clase jornalera. La configuración del espacio revela el carácter racional y funcionalista del pensamiento urbanístico decimonónico. El espacio público era considerado como un mero espacio de tránsito que comunicaba la casa con el espacio de trabajo o el espacio de representación que es el centro del pueblo. En su planificación no entraban en consideración necesidades tales como la dotación de infraestructuras necesarias para la evacuación de las aguas residuales, ni el cuidado estético del espacio público, ni la necesidad de espacios para el esparcimiento de los habitantes de estas zonas. El nuevo estilo de vida consecuente con el ascenso generalizado del nivel de vida y las nuevas pautas de comportamiento impuestas por el referente de la clase media,

obligó a repensar la cualidad de estos espacios urbanos, que se dotan de un nivel de infraestructuras (alcantarillas, suministro eléctrico, agua potable...etc.) equiparables al antiguo centro y sobre los que se proyectan valores antes exclusivos de las zonas habitadas por la oligarquía: cuidado de su estética, habilitación de espacios de socialización...etc. La nivelación social se refleja, así, en un espacio urbano en el que las cualidades urbanísticas tienden a homogeneizarse. Parques como los de la Plaza de Valdequemados, los de las Peñitas, Avenida de la Constitución, entorno de la Casa de la Cultura y el Parque Municipal son consecuencia de estas transformaciones sociales.

DESARRAIGO:

Una de las críticas más frecuentes sobre el urbanismo actual, es su ruptura con respecto a las tradiciones constructivas locales. En efecto, vemos cómo las nuevas urbanizaciones rompen tanto en tipología, como en estética, como en materiales y técnicas constructivas con las que identificamos como características del urbanismo antiguo. Por otro lado, al viajar o al contemplar otras realidades a través de la televisión, el cine o Internet, advertimos que existen notables similitudes entre nuestras nuevas urbanizaciones y las de lugares tan distantes como China, Australia o Estados Unidos. Esta ruptura suele ser valorada negativamente como una especie de tragedia sobrevenida o como fruto de la autoritaria imposición de las empresas constructoras, contando con el beneplácito de las autoridades políticas, a las que se suele acusar de negligencia en el cuidado de los intereses públicos en lo que afecta al cuidado del patrimonio histórico y etnográfico. Sin embargo, es preciso encuadrar este fenómeno de ruptura en su contexto real para comprender tanto su significación histórica como la diversa implicación de los agentes que participan en ella.

Más arriba hemos tratado sucintamente sobre el fenómeno de desarraigo que caracteriza a nuestra cultura actual, inmersa en un proceso de homogeneización creciente. Sin esta perspectiva no es posible analizar el fenómeno. La ruptura con las tradiciones urbanísticas y arquitectónicas locales es solo una parte del proceso de ruptura que caracteriza a las generaciones actuales con respecto a sus predecesoras. De hecho, es preciso hablar de ruptura y no de evolución puesto que no se advierte una transición progresiva y gradual entre los respectivos horizontes mentales. La identidad cultural, las formas de pensamiento, las pautas de comportamiento y la estética de las nuevas generaciones se construyen sobre bases diferentes a las de sus antecesores.

En consecuencia, hemos de encuadrar esta ruptura de las tradiciones urbanísticas y arquitectónicas locales en un proceso generalizado de desarraigo cultural. Negar esta vinculación del fenómeno y reivindicar la prevalencia intemporal de las formas heredadas del pasado, puede situarnos en el mismo callejón sin salida que Baudelaire denunciaba con respecto a la pintura académica de su

tiempo, indiferente al cambiante contexto que la rodeaba. Si se acusa al urbanismo actual de feo, carente de personalidad propia, estandarizado, baja calidad...etc. puede que sea simplemente porque son rasgos característicos de nuestro entorno cultural, dominado por los principios impuestos por la economía de mercado basados en la rentabilidad, la eficiencia productiva, la obsolescencia programada...etc. Es decir, que dichas formas del urbanismo reflejan más fielmente nuestra realidad cultural actual que no las formas que configuran nuestro patrimonio histórico.

Con respecto a la actitud de las autoridades públicas frente a este fenómeno de desarraigo, podemos hablar de dos etapas con características muy definidas y que podemos caracterizar a grandes rasgos como una primera de fomento y otra segunda de contención.

La primera etapa, que hemos denominado de fomento, se inicia con el desarrollismo español de los años 60, prolongándose hasta comienzos de los 80. En esta fase las autoridades públicas fomentan este fenómeno de desarraigo como forma de modernizar la población mediante la concesión de autorizaciones para construir novedosos bloques de viviendas en varias calles del centro histórico. Dichos bloques, sustitutos en muchos casos de antiguas casas solariegas, se erigen como rompedores emblemas de modernidad, destacando por su mayor altura, la utilización de los “nuevos materiales” característicos de la construcción contemporánea y la diferente estética de sus fachadas. Esta permisividad fomentada manifiesta una actitud característica de la España del desarrollismo, una España que, pese a la patriotería retórica oficial, se siente acomplejada frente a Europa y los Estados Unidos, que sabe que ha perdido el tren de la modernidad y que trata de subirse a él de forma precipitada, sin reflexión previa y sin medir las consecuencias. Podemos hablar de un temerario salto adelante realizado a costa de una tradición que públicamente se exalta pero que secretamente se desprecia. La versión local del “crimen” contra el patrimonio cometido en la Plaza de Colón de Madrid, donde en los años 60 se derribó el palacio de Medinaceli para construir en su lugar un bloque de viviendas, el Centro Colón, se cometió en la Plaza de España, donde varias antiguas casas solariegas fueron sustituidas por nuevos bloques de viviendas, desfigurando sin remedio el aspecto originario de este importante espacio público.

La vivienda social promovida por el régimen franquista en esta época contribuyó a sí mismo a impulsar esta ruptura con la tradición. Las viviendas bajas construidas en la antigua silera se adaptan, en líneas generales, a las modestas casas obreras locales. Sin embargo, las casas bajas de las Peñitas muestran influencia del gran esfuerzo urbanizador que supuso el Plan Badajoz con la creación de nuevos pueblos, cuyas casas se atienen a diseños estandarizados con tipologías diferentes a las tradicionales en la localidad.

Una segunda etapa, que hemos denominado de contención, parte de la revalorización del patrimonio histórico dentro del contexto general que supuso la creación de la Comunidad Autónoma en 1983, cuyo fundamento teórico es la identidad regional histórica. En esta etapa se trata de contener el efecto destructivo del nuevo urbanismo mediante la promulgación de leyes que protegen el patrimonio histórico regional, como la de 1985, y de normas urbanísticas que impongan limitaciones a los efectos distorsionadores que dicho urbanismo pudiera causar tanto al casco antiguo como a la imagen de la población en su conjunto. Consecuencia de ello será la ubicación de las nuevas urbanizaciones en la periferia del casco histórico así como la selección de tipologías adaptadas a las normas de urbanismo que, entre otras cuestiones, impone limitaciones a la altura de las nuevas viviendas. Ello hará del modelo de casa unifamiliar de tradición anglosajona el referente más común para las casas de las nuevas urbanizaciones.

Esta etapa coincide con la plena transformación de la albañilería local, muy atendida hasta entonces a pautas de trabajo artesanal de carácter tradicional, a las técnicas, medios y procedimientos de la empresa capitalista. Este nuevo modelo constructivo se basa en principios de eficiencia y rentabilidad, lo que condiciona todo el proceso constructivo, desde la mano de obra, que no requiere ya de la cualificación técnica de los antiguos albañiles, al implantarse un método de trabajo basado en la división y especialización de tareas, pasando por los materiales, al seleccionarse aquellos que posibilitan un trabajo más rápido y a menor coste, y hasta en la tipología, elegida en función de la optimización económica del espacio disponible y en la fabricación en serie de productos estandarizados.

En esta etapa el nuevo modelo de urbanismo es considerado como un fenómeno inevitable, dadas las nuevas circunstancias imperantes. Desaparece el entusiasmo de la etapa anterior al experimentarse los efectos distorsionadores que puede provocar el nuevo modelo urbanístico, lo que suscita las críticas antes referidas. Las antiguas técnicas constructivas comienzan a considerarse como parte de un acervo cultural amenazado de desaparición, lo que las transforma en objeto de estudio y las convierte en etnografía. En ocasiones aparecen como “citas” culturales en las formas experimentales del nuevo urbanismo, como se aprecia en la utilización de mampostería, técnica habitual en murallas y castillos de la región, en la Plaza de Toros o en la urbanización de la Plaza de América.

Otro aspecto del desarraigo cultural al que nos referimos, menos agresivo que la adopción de nuevos modelos tipológicos, es la readaptación de la tipología tradicional de casa bajoextremeña a las nuevas necesidades impuestas por la transformación del estilo de vida.

Por un lado, los cambios en el estilo de vida afectan a la funcionalidad de los espacios domésticos. Así, por ejemplo, la pérdida de peso del sector primario en la estructura ocupacional de la población, así

como la mecanización de los trabajos agrícolas y el desarrollo de la normativa que afecta a la tenencia de animales en el ámbito doméstico, ha hecho perder su tradicional función a las cuadras, pocilgas y gallineros que habitualmente se situaban en los patios traseros, reconvertidos actualmente en estancias para funciones diversas.

La irrupción de la televisión como medio de socialización, sustituyendo en gran medida en esta función al papel que desempeñaba el núcleo familiar como transmisor del conjunto de saberes, ideas, creencias...etc. que configuraban el horizonte mental de la comunidad, obligó a la creación de un espacio propio en que poder ubicarla. La cocina había desempeñado tradicionalmente esta función, sin embargo, el gran tamaño de los primeros aparatos, que por sí mismos constituían un símbolo de estatus social, hizo necesario readaptar otra estancia para que sirviera como nuevo espacio de socialización-representación. Fue así como surgieron las denominadas salitas o salas de estar.

La tecnificación de las formas de conservación y elaboración de alimentos mediante la difusión de gran variedad de electrodomésticos, así como la aparición de una estancia específica para el aseo y la higiene personal, el cuarto de baño, obligaron a readaptar espacios de las antiguas casas bajoextremeñas. El procedimiento más frecuente fue el de destinar una parte del patio trasero a estos fines mediante la construcción de un edificio adosado a la zona vividera de la casa.

Otro factor que ha contribuido decisivamente a la transformación de las antiguas casas bajoextremeñas y que no afecta tanto a la tipología de la vivienda como al cambio de funcionalidad y sentido de los espacios, es el desarrollo de una acentuada conciencia individualista. Este fenómeno se ha visto favorecido, en parte, por la fragmentación de la antigua familia extensa, que hacía convivir bajo un mismo techo a sucesivas generaciones e incluso a varias líneas de las mismas familias. El modelo de familia más frecuente en la actualidad es el de la familia nuclear, comprendida las diversas variantes existentes de la misma. Otro factor que ha favorecido este despertar de la conciencia individual es la reducción del número de hijos por familia. Sin embargo, son las transformaciones operadas en el entorno cultural las que más peso han tenido en este “despertar”, un entorno cultural en el que las particularidades locales tienden a disolverse en el flujo denso y constante de información propiciada por el avance de las telecomunicaciones.

El fomento de la personalidad individual, entendida no solo como sujeto de derechos tal y como fue propugnado por la Ilustración y la doctrina liberal, sino como creador de sus propios códigos interpretativos y simbólicos en un contexto cultural, el de la postmodernidad, marcado por la fragmentación de los metarrelatos discursivos heredados del mundo moderno, ha impuesto cambios

radicales en la forma de percibir el espacio doméstico⁶. La antigua casa familiar se dividía en varias dependencias en base a las diversas funcionalidades de las mismas, pero en su conjunto la casa ofrecía un ambiente homogéneo en que no eran distinguibles las diversas personalidades que acogía, fenómeno característico de un entorno cultural en el que la comunidad prima sobre el individuo. En la actualidad, se percibe en el espacio doméstico una división fundada en una cierta noción de pertenencia personal, entendida como la configuración de un ámbito propio y distintivo dentro del espacio común. Así, por ejemplo, en la actualidad, cada dormitorio parece el núcleo de un mundo propio cuyas ramificaciones se extienden por el resto del espacio común de la casa, mediante objetos portadores de significados singulares para cada miembro del núcleo familiar.

CONCLUSIÓN

De cuanto acabamos de exponer podemos deducir una serie de conclusiones que nos permiten identificar los rasgos más destacados de la evolución urbanística de Villafranca de los Barros desde mediados del siglo XX hasta el presente.

En cuanto a la organización del espacio urbano, observamos la disolución de la estructura centralizada heredada del pasado, en la que el plano urbano se organizaba a partir de un núcleo central con respecto al cual aparecían subordinadas las áreas periféricas. Esta estructura urbana constituía el fiel reflejo de la sociedad que le había dado forma, sociedad cuyos rasgos esenciales era un acentuado sentido de pertenencia a la comunidad y una extremada polarización entre una oligarquía poseedora del principal recurso económico, la tierra, y una masa jornalera desposeída y dependiente de la misma. La disolución de los lazos de pertenencia a la comunidad como consecuencia de la integración de Villafranca en la red de flujos de información creada por la revolución de las telecomunicaciones y la desintegración de la estructura social como consecuencia de la transformación de la economía y sus efectos tendentes a una mayor nivelación, contribuyeron a reconfigurar la estructura urbana, generando una nueva organización del plano urbano. En la nueva estructura urbana se observa la aparición de nuevos centros en las áreas recientemente urbanizadas y en la antigua periferia, entendiéndose como centro los núdulos (plazas, parques, edificios públicos...etc.) en torno a los que se organiza el espacio urbano y la vida social de tales zonas.

Por otro lado, la perpetuación de unas formas de vida y de organización del trabajo de construcción, posibilitaron la supervivencia, hasta mediados del siglo XX, de una tipología de vivienda y unas

⁶ No entraremos ahora a discutir el grado de autonomía o heteronomía a que obedece esta actitud, es decir, en qué medida esta construcción de espacios culturales propios por parte cada personalidad individual es fruto de la propia y libre voluntad o consecuencia de procesos de coordinación inducidos mediante los condicionamientos que imponen los discursos proyectados por los medios de comunicación.

técnicas constructivas profundamente arraigadas en la historia local. Los cambios en la forma de vida, consecuencia de los cambios operados en la economía, el incremento del nivel de vida, el acceso a los flujos de información que permiten reconfigurar desde nuevas bases culturales el universo de la personalidad...etc. han contribuido, por un lado, a la difusión de nuevas tipologías de vivienda, especialmente de tradición anglosajona, y, por otro, a la transformación de las antiguas viviendas locales para adaptarlas a las nuevas necesidades impuestas por el modo de vida actual. Asimismo, los cambios operados en la organización del trabajo de construcción, con su pleno sometimiento a los principios organizativos y objetivos económicos de la empresa capitalista, ha dado lugar a la desaparición de las antiguas técnicas de construcción, reducidas a pura etnografía. El resultado de estas transformaciones es un nuevo ambiente urbano cuya característica más notable es la desaparición de los rasgos que caracterizaban a la edificación tradicional, es decir, su carácter desarraigado. Como hemos expuesto, el carácter desarraigado de la nueva edificación es consecuencia del proceso de homogeneización cultural en que nos encontramos inmersos como consecuencia de la inserción de Villafranca en la red global de flujos de información. Por tanto, hemos de considerar este nuevo ambiente urbano como una expresión de nuestra realidad cultural y no como una imposición ejecutada por agentes ajenos.

En definitiva, lo que hemos tratado de demostrar en esta breve reflexión, es que el urbanismo, como expresión social, incluso como obra de arte colectiva, ofrece un fiel testimonio acerca de la sociedad que le da forma, cuyo espíritu se hace manifiesto en la organización de la trama urbana y en el carácter de los edificios que lo configuran.



ISSN 2341-3093

EL HINOJAL. Revista de estudios del MUVI
Num. 4, mayo 2015

EDICION: Amigos del MUSEO DE VILLAFRANCA
COORDINACION: Fco. Javier Durán García
MAQUETACION: Nieves Fernández García

PORTADA Y CONTRAPORTADA: José Sayago Pardo